

## DISCURSO PROFESOR EMÉRITO ERNESTO FONTAINE

Estimado Señor Rector,

Estimadas autoridades de la Pontificia Universidad Católica de Chile,

Estimadas amigas y amigos,

Quiero partir por señalar que para mi constituye un gran honor haber sido invitado a pronunciar algunas palabras esta tarde, con motivo de la distinción que se confiere hoy a Ernesto Fontaine.

Trataré de dimensionar el aporte al país, a la profesión, y a esta universidad del profesor Fontaine en tres ámbitos:

En primer lugar, su aporte como profesor de generaciones de estudiantes en el área de la teoría de precios o microeconomía.

En segundo lugar, su aporte en la enseñanza y la capacitación en el área de Evaluación Social de Proyectos.

Y por último, su legado como ser humano.

El nombre de Ernesto Fontaine está íntimamente ligado al Convenio firmado en 1956 entre la Universidad de Chicago y la Universidad Católica.

Ernesto fue uno de los primeros estudiantes chilenos seleccionados para realizar un postgrado en Economía en EE.UU., en enero de 1957. En realidad fue el segundo en hacerlo, ya que fue precedido por Sergio de Castro, el principal arquitecto de las reformas económicas chilenas de los últimos 30 años.

Ernesto no solo brilla como estudiante en Chicago, sino que desarrolla una pasión por la Evaluación de Proyectos y la Economía del Bienestar, área que será después parte significativa de su legado.

A su regreso a Chile en 1959, forma parte, junto a otros egresados de la Universidad de Chicago, de una nueva generación de profesores que revoluciona la enseñanza de la economía en la Universidad Católica. En pocos años, la Facultad de Economía y

Administración de esta casa de estudios pasa a tener un liderazgo a nivel nacional, y luego a nivel continental.

No es una casualidad que las grandes modernizaciones que iniciara la economía chilena a mediados de la década del 70 tengan el sello de esta Facultad. Ernesto Fontaine, como profesor y director de esta juega un papel central en todo ello. Pero lo suyo no era la política, sino la academia, y por ello – salvo breves estadías en la Universidad de Cuyo en Argentina y en la OEA en Washington, Ernesto permanece siempre ligado a la docencia universitaria en esta casa de estudios, y a esa otra pasión suya, la Evaluación de Proyectos. Como tal, publica tres textos de gran impacto en la profesión, su Teoría de los Precios (que ya va en su 5ª. edición), su texto de Evaluación Social de Proyectos (que ya va en su 12ª. edición), y más recientemente el libro Nuestra Economía de Cada Día, junto a Osvaldo Schenone, que recopila sus célebres columnas editoriales en el diario El Mercurio.

Su huella como Profesor es indeleble. Lo pueden atestiguar generaciones de estudiantes, entre ellos el que habla, mi esposa y mis dos hijos mayores, que compartimos el legítimo orgullo de haber sido formados por él.

La pasión de Ernesto por la enseñanza de la economía lo transformó en un pedagogo ejemplar. Sus conceptos quedaban grabados a fuego.

Agradezco, especialmente que nos haya enseñado a pensar como economistas. Esto sería clave para todos aquellos alumnos que emprenderían posteriormente estudios de postgrado en el exterior, como me confidenció alguna vez su exalumno Ricardo Caballero, actual Chairman del Departamento de Economía del MIT.

Paralelamente, la pasión por la Evaluación de Proyectos lleva a Ernesto a encabezar diversas iniciativas para difundir la enseñanza y capacitación en esta disciplina. Primero desde la OEA, donde crea un programa de asistencia técnica en Evaluación Social de Proyectos y Programación de Inversiones para el Sector Público para 15 países de la región. Y luego en Chile, donde entre 1976 y 2006, por espacio de 30 años dirige el CIAPEP – Curso Interamericano en Preparación y Evaluación de Proyectos. Este curso, que inicialmente tuvo el patrocinio del BID, y posteriormente del gobierno de Chile,

permitió capacitar a 1.200 personas en Evaluación de Proyectos en 30 cursos a lo largo de igual número de años. Alrededor de 180 de estos estudiantes fueron extranjeros. A ello se agregan 84 cursos regionales a lo largo del país, de donde egresaron otros 1.800 profesionales. Ernesto lideró también alrededor de 24 cursos internacionales a lo largo de América Latina, donde se capacitó a alrededor de 1.000 profesionales y se crearon los cimientos de un sistema de Evaluación Social de Proyectos a nivel de cada país.

A fines de la década del 70, la existencia de una masa crítica de profesionales capacitados permitió crear en Chile el Sistema Nacional de Inversiones Públicas, el cual posibilitó una creciente tecnificación de la evaluación de proyectos en el país. Como resultado de ello se mejoraron muchos proyectos, se rechazaron otros, y también se postergaron algunos, permitiendo aumentar sustancialmente la eficiencia de la inversión pública en el país.

Los proyectos evaluados por el CIAPEP se extendieron, con el paso del tiempo, desde proyectos de infraestructura a temas sociales, como los Centros de Atención Integral a Jóvenes en Extrema Pobreza, (CAI), o el Círculo Comunitario de Adultos Mayores en Estado de Pobreza (CICAM), proyectos de descontaminación y salud. Pero tal vez lo más notable es que a partir de estos estudios surge el concepto de Necesidades Básicas, desarrollado por el profesor Arnold C. Harberger, que crea un nuevo y revolucionario enfoque para evaluar proyectos sociales, que hoy constituye un estándar a nivel internacional.

¿Cuántos beneficios le significó esta iniciativa al país?

No es fácil dimensionarlo, pero bastaría pensar que si permitió elevar la rentabilidad de los proyectos de inversión pública en un par de puntos porcentuales, su contribución ya sería gigantesca. No debiera sorprender, entonces que el notable crecimiento que experimenta la economía chilena en el período posterior a 1985 esté caracterizado por un gran salto en eficiencia.

También cabe destacar que en los últimos 30 años la única economía latinoamericana cuyo PIB per cápita converge o se aproxima sistemáticamente al nivel de los países desarrollados, es precisamente Chile. Este resultado puede atribuirse al mérito de muchas reformas, particularmente la apertura al exterior. Pero yo me atrevo a señalar

que el esfuerzo de Ernesto Fontaine difundiendo la enseñanza y la capacitación en Evaluación de Proyectos a lo largo de este mismo período jugó un rol que no es menor.

Lo ya señalado sería más que suficiente para justificar esta distinción. Pero Ernesto Fontaine nos dejó un legado como persona que vale tanto como todo lo anterior. Nos enseñó a compartir su entusiasmo por la economía. Nos enseñó a usar la intuición en el análisis económico. Nos ayudó a desarrollar las virtudes que posee cada uno en su interior: la laboriosidad, la integridad, la responsabilidad, el respeto por los demás, la autoexigencia como condición previa a la exigencia a los demás. Nos enseñó a enfrentar los problemas de modo directo, sin rodeos. Nos enseñó a defender las ideas con pasión, a no temerle a nadie, pero a tenerle respeto a todos. Nos transmitió, por último, un legado muy valioso: el amor al trabajo bien hecho.

En síntesis, nos enseñó a ser mejores seres humanos. Por todo ello, Ernesto, muchas gracias a nombre de generaciones de estudiantes que te aprecian y que hoy comparten tu alegría con este merecido homenaje.

También quiero agradecer a la Universidad Católica, por distinguir a un hombre excepcional como Ernesto Fontaine, que en parte es responsable del enorme prestigio de que goza esta casa de estudios en el mundo entero.

Y por último, gracias a todos ustedes, que nos han acompañado en el día de hoy.

Jorge Desormeaux

7 de Octubre, 2007